

La eclesiología agustiniana en el ámbito del proceso sinodal

1. El Sínodo 21-24.

El actual proceso sinodal -pues en realidad no se trata simplemente de un *sínodo* más-, tal y como lo presenta la Sede Apostólica, se centra en reflexionar sobre tres temas principales que permitan a la Iglesia reafirmar su condición de pueblo de Dios: la comunión, la participación y la misión. El cardenal Mario Grech, secretario general del Sínodo de Obispos, durante la apertura de las celebraciones del 250º aniversario de la Pontificia Universidad Lateranense el pasado 5 de octubre de 2022, afirmó que el actual proceso sinodal es un «fruto maduro del Vaticano II» y muestra cómo «una correcta recepción de la eclesiología conciliar está activando procesos tan fecundos como para abrir escenarios que ni siquiera el Concilio había imaginado y en los que se manifiesta la acción del Espíritu que guía a la Iglesia».

La mirada, por lo tanto, se dirige a la esencia misma de la comunidad cristiana. A partir del modo en que entendamos qué es la Iglesia obtendremos respuestas a sus problemas y sabremos cómo desarrollar nuestra misión del mejor modo posible. No nos detendremos ahora en el estudio de la eclesiología del Concilio Vaticano II, bastará remitir a las fuentes y a algunos textos que seguramente nos permitirán participar activamente en el proceso sinodal con mayor conocimiento, evitando convertir nuestras posiciones en meros y estériles deseos o reivindicaciones exclusivamente personales y no atentos a la esencia, misión y estado de la Iglesia.¹

En 2018, la Comisión Teológica Internacional presentó un texto fundamental para entender algunas de las claves del actual proceso sinodal: [La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia](#). Las directrices de este documento fueron más tarde profundizadas y adaptadas a otras iniciativas eclesiales de renovación y actualización, así como reguladas, en parte, a través de la Constitución apostólica [Episcopalis Communio](#). Anteriormente se había trabajado también sobre un aspecto fundamental de la teología sobre la Iglesia en otro documento, [El sensus fidei en la vida de la Iglesia](#).² A todo ello, se añaden los [textos](#) que se refieren directamente al *sínodo* que celebra la Iglesia en estos años y algunos [discursos](#) del papa Francisco.

No entender bien el término sinodalidad produce una serie de reacciones de todo tipo, en ocasiones antagónicas y siempre equivocadas. Por una parte, un sector más *tradicionalista* de la Iglesia lo considera vecino a la heterodoxia al verse amenazado, por ejemplo, el primado de la sede apostólica, por otra parte, un sector más *progresista* lo cree insuficiente al no lograr ese asamblearismo que parecen defender. Entre los dos extremos viciados, como sucede siempre, podremos encontrar el justo medio. No se trata ni de devaluar el primado de la sede romana ni de convertir a la comunidad eclesial en una asamblea acéfala. Se trata, por citar a quien ha deseado iniciar este proceso, de encontrar, escuchar y discernir para preguntarnos si nosotros, comunidad cristiana, encarnamos el estilo de Dios, que camina en la historia y comparte las vicisitudes de la humanidad; si estamos dispuestos a la aventura del camino o, temerosos ante lo incierto, preferimos refugiarnos en las excusas del “no hace falta” o del “siempre se ha hecho así.”³ La sinodalidad no se centra solamente en

¹ En primer lugar, la Constitución dogmática sobre la Iglesia [Lumen gentium](#), enriquecida por algunos otros textos conciliares referidos a la Iglesia en el mundo actual, [Gaudium et spes](#), y a los decretos que se ocupan de los diferentes ministerios eclesiales: [obispos](#), [sacerdotes](#), [religiosos](#) y [laicos](#). Por lo que respecta a la bibliografía, abundantísima, me permito remitir al lector a las contribuciones de los autores que más han influido en el desarrollo de la actual teología sobre la Iglesia: [Congar, de Lubac, Rahner](#) y [Ratzinger](#) y que recogen, en manera más o menos exhaustiva, los manuales de reciente publicación. Por citar uno de fácil acceso: E. BUENO DE LA FUENTE, [Eclesiología](#), Madrid 2021³ (Sapientia Fidei 18).

² Acceso al documento *on-line* en italiano: [Il sensus fidei nella vita della Chiesa](#). En español, fue publicado por la [BAC](#).

³ cf. Francisco, [Homilía de la Santa Misa para la apertura del Sínodo de los obispos](#), Basílica de San Pedro Domingo, 10 de



la cuestión jerárquica, importante pero no exclusiva, sino en la esencia misma de la Iglesia, pueblo de Dios y cuerpo místico que peregrina en este mundo hacia la patria prometida y eterna siguiendo a Cristo, su cabeza.

2. Sinodalidad y Tradición de la Iglesia.

La Iglesia, desde siempre, ha vivido con mayor o menor intensidad y conciencia estos principios. Ha sido *sinodal* aun sin denominarlo con la terminología que empleamos nosotros actualmente. Y aquí es importante detenernos un momento para fijar convenientemente el vocabulario que manejaremos. Se habla de sínodo, de iglesia sinodal, de sinodalidad, términos que, aunque parezcan iguales, no lo son.

El *sínodo* griego, al igual que su equivalente latino *concilio*,⁴ se refiere en ámbito cristiano a las reuniones episcopales generalmente convocadas por la autoridad civil para deliberar sobre temas que afectaban a la disciplina eclesiástica. No ha de olvidarse que las polémicas teológicas tenían consecuencias sociales y eclesiásticas importantes y que a menudo se requería la intervención del poder civil para resolverlas. A los siete primeros concilios generales/ecuménicos del período patrístico -Nicea I y II, Constantinopla I, II y III, Éfeso y Calcedonia- se añadieron muchos otros provinciales y locales. La participación no estaba exclusivamente reservada a los obispos, participaban también presbíteros, diáconos y laicos como muestran las firmas de las actas que han llegado hasta nuestros días.⁵

La sinodalidad, en cambio, se refiere a una actitud, a un modo de vivir y de organizar la vida de la iglesia y de cada uno de los bautizados, tanto *ad intra* como *ad extra*. Lógicamente se requieren estructuras que implican la convocatoria de encuentros, asambleas y *sínodos* propiamente dichos, pero como meros instrumentos o medios para alcanzar un fin que, en el fondo, ha de superarles. Por tanto, echar la vista atrás para ver qué puede aportar la historia y la tradición de la Iglesia en el actual proceso sinodal es no solamente necesario sino fundamental. No para encontrar necesariamente respuestas concretas y efectivas para nuestros problemas actuales sino para aprender del modo y la mentalidad con la que nuestros antepasados afrontaron las dificultades propias de su época.

Evitemos buscar o aplicar el término sinodalidad para cualquier cosa o en cualquier situación, sobre todo cuando nos referimos a otros períodos de la Iglesia. La palabra tiene sentido en nuestro *aquí y ahora*. No la encontraremos como la entendemos ahora en otras épocas, aunque su contenido no sea nuevo.

El recurso a la tradición patrística ha de realizarse con atención, como se ha indicado anteriormente, para no caer en interpretaciones de parte o simplemente erróneas. Nos servirá la *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal* que, entre otras valiosas indicaciones afirma:

«3. La consideración del actual clima cultural hace [...] que aparezcan las muchas analogías que unen el tiempo presente con la época patrística no obstante las diferencias evidentes.

octubre de 2021.

⁴ La etimología griega más habitual es la que hace derivar el término de la unión de la partícula *σύν* (con, en compañía de) y *ὁδός* (camino). El término *σύννοδος* aparece también en Aristóteles y en Plutarco, pero con otra acepción: la conjunción de dos planetas. El latín *concilium* procede de la unión de la partícula *cum* y el verbo *cālo*: llamar, convocar.

⁵ Para quien desee profundizar sobre la historia de los concilios de la Iglesia de los primeros siglos: R. TEJA, *Los concilios en el cristianismo antiguo*, Madrid 1999; J. ORLANDIS, D. RAMOS-LISSÓN, *Historia de los Concilios de la España romana y visigoda*, Pamplona 1986 [la primera edición se publicó en alemán: *Synoden auf der Iberischen Halbinsel bis zum Einbruch des Islam (711)*, Paderborn 1981].



Como entonces, también hoy la Iglesia está realizando un delicado discernimiento de los valores espirituales y culturales, en un proceso de asimilación y de purificación, que le permite mantener su identidad y ofrecer, en el complejo panorama cultural de hoy, las riquezas que la expresividad humana de la fe puede y debe dar a nuestro mundo. Todo esto constituye un reto para la vida de la Iglesia entera y, en modo particular, para la Teología, la cual, para cumplir adecuadamente sus obligaciones, no puede dejar de investigar en las obras de los Padres, como análogamente investiga en la Sagrada Escritura. 4. La observación de la realidad eclesial actual muestra, en fin, cómo las exigencias de la pastoral general de la Iglesia, y, en modo particular, las nuevas corrientes de espiritualidad reclaman alimento sólido y fuentes seguras de inspiración. **Frente a la esterilidad de tantos esfuerzos, el pensamiento se vuelve espontáneamente a aquel saludable soplo de verdadera sabiduría y autenticidad cristiana que emana de las obras patrísticas.** Es un soplo que ya ha contribuido, incluso recientemente, a profundizar numerosas problemáticas litúrgicas, ecuménicas, misioneras y pastorales que, recibidas del Concilio Vaticano II, son consideradas por la Iglesia de hoy fuente de aliento y de luz. 5. **Los Padres, por consiguiente, demuestran una vitalidad siempre actual y tienen muchas cosas que decir a quien estudia o enseña teología.»**⁶

El tema que nos ocupa -los principios de la sinodalidad reinterpretados o incluidos en una perspectiva agustiniana-, nos ofrecerá claves útiles para avanzar, renovar e innovar sin perder la riqueza y los valores de la Tradición.

3. Agustín de Hipona.

El magisterio eclesiológico de san Agustín está repartido a lo largo de toda su producción literaria. No existe una obra específicamente *eclesiológica*, como sí ocurre con otros temas *dogmáticos* o *morales*. Su reflexión se basa siempre en una atención particular al misterio del Dios encarnado, Cristo, que se presenta como centro de la vida del cristiano y de los cristianos. Parece una banalidad, pero cualquier reflexión eclesiológica que se desentienda de Cristo, tal y como nos lo presenta la Sagrada Escritura, se reduce a un mero análisis sociológico. En Agustín, por tanto, encontraremos siempre referencia a una realidad humana y divina.

El hecho de que Cristo sea el centro de la vida de la comunidad cristiana y de cada uno de los cristianos individualmente no es, lógicamente, ninguna novedad. Cómo ha de entenderse y vivirse ese centro constituye el núcleo de toda reflexión teológica, espiritual y pastoral. Agustín repetirá siempre que la guía segura para el cristiano se encuentra en la autoridad de la Escritura y de la Iglesia. Dejamos a un lado el estudio detallado de la exégesis agustiniana⁷ por no ser el motivo de nuestra reflexión -aunque lógicamente haremos referencia a su método exegético para entender adecuadamente algunos conceptos- y nos centramos en su doctrina eclesiológica que encontraremos diseminada a lo largo de toda su producción literaria.

En una de sus primeras obras tras la conversión y el bautismo, *De moribus Ecclesiae catholicae et de moribus manichaeorum*, del año 388, Agustín presenta la imagen de la Iglesia como madre que, como tal, ha de ser amada, respetada y creída. Precisamente contra quienes minusvaloraban el papel de la comunidad cristiana, cuerpo de Cristo, Agustín defiende su valor y su importancia. En y a través de la Iglesia, Cristo confirma sus preceptos; es la propia Iglesia la que con su autoridad avala lo que tenemos

⁶ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA (de los seminarios y de los institutos de estudio), *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal* (10 de noviembre de 1989). El texto en [español](#), en una fuente no oficial, y el texto original en [italiano](#).

⁷ Me limito a recomendar la lectura del *De doctrina christiana* para un acercamiento al Agustín exégeta; que podrá ser completado a través de la abundantísima producción homilética y de los comentarios a numerosos libros de la Escritura.



que creer.⁸

Poco más adelante, durante la larga polémica contra los donatistas, a la autoridad de la Iglesia añadirá otro término fundamental: comunión. Los problemas derivados a raíz del cisma en la iglesia africana motivaron la preocupación por sanar la división que afectaba no ya solamente a la convivencia pacífica entre las comunidades cristianas sino también a cuestiones teológicas de primer orden.⁹

Según va avanzando la reflexión teológica de Agustín, el tema que emerge siempre con más claridad es la gran visión que tiene de la Iglesia y del valor soteriológico de su *mediación*. Habría que precisar, no obstante, que Agustín no usa nunca el término *mediación* cuando habla de la Iglesia. No nos sería lícito emplearlo tampoco nosotros, sin embargo, el uso que nosotros hagamos de él no será para traicionar el pensamiento de Agustín; el hecho de que no aparezca el término no quiere decir que no exista el concepto y así lo demuestran los textos que veremos a continuación.

La expresión *mediación eclesial*, que expresada en otro modo indica el papel que el *Cristo total* tiene en la actualización de la salvación operada por Cristo, tiene un peso y un puesto muy importante en la teología de Agustín. Si Cristo es el único mediador de la salvación para todos los hombres [cf. 1Tim 2,5] porque él es el único verdadero Dios y verdadero hombre, ¿por qué hablar de mediación eclesial? En la respuesta a esta pregunta encontraremos la síntesis cristológica y eclesiológica agustiniana.

El punto de partida es el misterio de la Encarnación. El Verbo se hizo carne para hacer partícipes de su divinidad a todos los hombres, que nacen heridos por el pecado de Adán:

«Nuestro Señor Jesucristo habla en los profetas, y algunas veces habla él personalmente: habla nuestra Cabeza, Cristo salvador, que se sienta a la derecha del Padre, que nació por nosotros de la Virgen, y padeció, como sabéis, bajo el poder de Poncio Pilato; y, derramando la sangre inocente, que es nuestro precio, redimió a los pecadores de la cautividad, en la cual nos hallábamos retenidos por el diablo, perdonándonos nuestros delitos; y además, con el mismo precio que dio por nosotros, su sangre destruyó el documento que nos acreditaba deudores [cf. Col 2,13-14]. El mismo Señor, nuestra Cabeza, es director, esposo y redentor de la Iglesia. Si es Cabeza, tiene Cuerpo. Su Cuerpo es la Iglesia, la cual también es su esposa; a ella dice el Apóstol: *Vosotros sois Cuerpo de Cristo, y sus miembros* [1Co 12,27]. El Cristo total, Cabeza y Cuerpo, es como un varón completo; y, puesto que la mujer fue hecha del varón y le pertenece, por eso se dijo del primer matrimonio: *Serán dos en una carne* [Gn 2,24]. Interpretando esto el Apóstol como un gran misterio, dice que no en vano se dijo esto de aquellas dos personas, puesto que ya se prefiguraba en ellos Cristo y la Iglesia. Así lo expone el Apóstol: *Serán dos, dice, en una carne; este misterio es grande, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia* [Ef 5,31;32]. También dijo el Apóstol que Adán fue figura del que había de venir. *Es —dice— figura del futuro* [Rm 5,14]. Luego si Adán era figura del que había de venir, como del costado del que dormía fue hecha la mujer [cf. Gn 2,21-22], así del costado del Señor que dormía, es decir, del que moría en la pasión, al ser herido con la lanza estando en la cruz [cf. Jn 19,34], brotaron los sacramentos con los que formó la Iglesia. De su futura pasión dice así en otro salmo: *Yo me dormí y tomé el sueño; y me levanté, porque el Señor me sustentó* [Sal 3,6].

⁸ *C. ep. man.* 5: «Yo, en verdad, no creería en el Evangelio si no me impulsase a ello la autoridad de la Iglesia católica». *C. Faust.* 28,2: «Quizá me presentes algún otro libro que lleve el nombre de algún apóstol, que consta que fue elegido por Cristo, en el que se lea que Cristo no nació de María. Como necesariamente uno de los dos libros ha de ser mendaz, ¿a cuál de ellos piensas que debemos dar credibilidad? ¿A aquel al que la Iglesia, que tomó comienzo del mismo Cristo, llevada adelante por los apóstoles mediante una serie garantizada de sucesiones hasta el momento presente y extendida por todo el orbe de la tierra, reconoce y aprueba como transmitido y conservado desde el inicio, o a aquel otro al que la misma Iglesia desapruueba por ser desconocido, que incluso es presentado por hombres tan veraces, que hasta alaban que Cristo haya mentido?».

⁹ Para una síntesis completa y de fácil acceso sobre Agustín y el donatismo remitimos al lector a las introducciones de los tres volúmenes que contienen los escritos antidonatistas firmadas por P. Langa Aguilar (OCSA 32, 33, 34).



Luego por el dormir se entiende la pasión. Eva fue formada del costado del que dormía, y la Iglesia, del costado del que padecía. Por tanto, nuestro Señor Jesucristo habla algunas veces en los profetas por sí, otras en representación nuestra, porque se hizo uno con nosotros; y así se dijo: *Serán dos en una carne*. De aquí que también dijo el Señor en el Evangelio hablando del matrimonio: *Luego ya no son dos, sino una carne* [Mt 19,6]. Son una carne porque tomó la carne de nuestra mortalidad; mas no son una divinidad, porque Él es Creador, y nosotros criatura.

Todo lo que habla el Señor en persona de la carne tomada, o pertenece a la Cabeza, que ya subió al cielo, o a estos miembros, que aún sufren en esta peregrinación terrena; por los cuales, encontrándose en sufrimientos en ella cuando Saulo los perseguía, clamó desde el cielo, diciendo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* [Hch 9,4] Luego oigamos al Señor Jesucristo en esta profecía. Estos salmos se cantaron mucho antes que naciese el Señor de María, mas no antes de existir el Señor, pues eternamente existió el Creador de todas las cosas y en el tiempo nació de la criatura. Creamos en su divinidad y, en cuanto podamos, entendamos su igualdad con el Padre. Pues la divinidad igual al Padre participó de nuestra mortalidad, no con arreglo a lo suyo, sino a lo nuestro, para que nosotros participásemos de su divinidad, no de la nuestra de la cual carecíamos, sino de la suya.»¹⁰

La interpretación que Agustín hace de este salmo es sumamente curiosa e importante.¹¹ Curiosa porque *improvisada*, de hecho él había preparado para la homilía de aquel día el comentario a otro salmo, pero el error del lector, que entonó el salmo 138, le *obligó* a exponer éste; importante porque en este comentario enriquece, como veremos, la regla exegética que había tomado de Ticonio, un autor donatista que escribió las *Regulae*,¹² primera obra latina de hermenéutica bíblica, que el propio Agustín resumió en el libro tercero del *De doctrina christiana*. Así explica Agustín la primera de estas reglas, la que más nos interesa en este momento:

«La primera regla trata “del Señor y su cuerpo”, en la cual se nos anuncia que conociendo que algunas veces se nos habla, como si fuese una sola persona la cabeza y el cuerpo, es decir, Cristo y la Iglesia – pues no en vano se dijo a los fieles *sois descendencia de Abrahán* [Gal 3,29], siendo una sola la descendencia de Abrahán, es decir Cristo– no debe extrañarnos cuando en algún pasaje de la Escritura se pasa de la cabeza al cuerpo o del cuerpo a la cabeza, sin dejar de hablar de una y la misma persona. Así una misma persona es la que habla al decir: *Como a esposo me adornó la cabeza con mitra, y como a esposa me engalanó con adornos* [Is 61,10], y no obstante se ha de procurar entender qué de estas dos cosas convenga a la cabeza, y qué al cuerpo, es decir, qué a Cristo y qué a la Iglesia.»¹³

Aplicada esta regla a los Salmos, que son oración de Cristo y de la Iglesia, se deduce que Cristo y la Iglesia son el esposo y la esposa, dos en una sola carne o dicho con otras palabras: un solo hombre, cabeza y cuerpo. Lo vemos en numerosos textos, de los que presentamos ahora una selección:

«Ningún don mayor podía Dios haber dado a los hombres, que ponerles como cabeza su Palabra, por la cual creó todas las cosas, y que ellos fueran los miembros de su cuerpo, siendo así Hijo de Dios e hijo del hombre, un solo Dios con el Padre, y un solo hombre con los hombres.

¹⁰ en. Ps. 138, 2.

¹¹ Sobre este tema, cf. G. MADEC, *Le Christ de Saint Augustin: la Patrie et la Voie*, nouvelle édition, Paris 2001, 150-155.

¹² TICONIO, *Libro de las reglas*, introducción, texto crítico, traducción y notas de Juan José Ayán Calvo, Madrid 2009.

¹³ *doctr. chr.* 3,31,44.



De modo que cuando hablamos a Dios, suplicando, no separemos al Hijo de la plegaria, y cuando ruega el cuerpo del Hijo, no separe su propia cabeza, siendo él mismo el único Salvador de su propio cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, quien ora por nosotros, quien ora en nosotros, y quien es rogado por nosotros. Ora por nosotros como nuestro Sacerdote; ora en nosotros como nuestra cabeza, y nosotros le oramos a él como nuestro Dios. Reconozcamos en él nuestra voz, y sepamos reconocer su voz en nosotros. Y si tal vez encontramos, especialmente en los profetas, algo humillante atribuido al Señor Jesucristo, no dudemos en atribuírselo a él, ya que él no dudó en unirse a nosotros. En realidad, toda la creación está a su servicio, puesto que por él fueron creadas todas las cosas. Percibimos su divinidad y su majestad, cuando oímos: *En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio junto a Dios. Todo fue hecho por ella, y sin ella nada se hizo* [Jn 1,1-3].

Contemplamos aquí la eminentísima divinidad del Hijo de Dios, que está muy por encima de las más altas criaturas; pero también le oímos en alguna otra parte de la Escritura como que está gimiendo, suplicando y confesando su debilidad; y nos hace dudar de atribuirle a él estas palabras, como si nuestra mente sintiera rechazo en descender de aquella reciente contemplación de su divinidad, hasta esta humillación, como si fuesen ofensivas al reconocer en el hombre las palabras que dirigía a Dios cuando oraba, y por eso muchas veces se retrae e intenta cambiarles el sentido. Pero la Escritura no ofrece otra vía que la de recurrir a él sin permitir desviarse de él. Desperécese de una vez, y que su fe se despierte, y llegue a darse cuenta de que aquél que poco antes lo contemplaba en su categoría divina, tomó la condición de siervo, haciéndose como un hombre cualquiera, y presentándose como uno de tantos, y se rebajó hasta hacerse obediente hasta la muerte [cf. Flp 2,5-8]; y quiso hacer suyas las palabras del salmo, cuando estaba colgado en la cruz, y exclamaba: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* [Sal 21,2] A él, pues, suplicamos por su condición divina, pero él suplica por su condición de siervo: allí como Creador; aquí como creado: él, que, sin sufrir cambio alguno, asumió una naturaleza mudable, haciéndonos consigo un solo hombre, cabeza [él] y cuerpo [nosotros].

Nosotros, pues, oramos a él, oramos por medio de él, y en él; hablamos con él y él habla con nosotros; recitamos en él, y él recita en nosotros la oración de ese salmo que se titula *Oración de David*, porque nuestro Señor, según la carne, es hijo de David; aunque según su divinidad es Señor y creador de David; pero no es sólo anterior a David, sino también a Abrahán, del que desciende David, y anterior a Adán, del que proceden todos los hombres; pero además es anterior al cielo y a la tierra, que contienen toda la creación. Que nadie, pues, al oír estas palabras del salmo, diga: No es Cristo quien habla aquí; ni tampoco diga: aquí no hablo yo; al contrario, si se reconoce a sí mismo en el cuerpo de Cristo, diga ambas cosas, a saber: es Cristo quien habla, y soy yo, que hablo. No digas nada sin él, como él no dice nada sin ti. ¿No encontramos esto en el Evangelio? Allí está claramente escrito: *En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Todo fue hecho por ella* [Jn 1,1-3]; y también en el Evangelio encontramos ciertamente que Jesús comenzó a entristecerse [cf. Mt 26,38]; y que Jesús estaba cansado [cf. Jn 4,6], y que Jesús se durmió [cf. Mt 8,24], y que Jesús tuvo hambre [cf. Mt 4,2] y tuvo sed [cf. Jn 4,7; 19,28], y que Jesús oró, y que pasó la noche en oración [cf. Lc 6,12]. Dice así S. Lucas: *Sumido en agonía –dice– insistía más en su oración; y unas gotas de sangre le bajaban por cuerpo* [cf. Lc 22,43.44]. ¿Qué manifestaba con esto, sino que su cuerpo, que es la Iglesia, ya chorreaba la sangre de los mártires?»¹⁴

¹⁴ en. Ps. 85,1.



En otro comentario, tras recordar de nuevo al auditorio los pasos principales referidos a Cristo contenidos el símbolo de la fe, reitera la unión entre Cristo y la Iglesia:

«Este salmo se recita en la persona del Señor nuestro Jesucristo, tanto de la cabeza como de los miembros. Pues aquel único que nació de María, padeció, fue sepultado, resucitó, ascendió al cielo, y ahora está sentado a la derecha del Padre, e intercede por nosotros, es nuestra cabeza. Si él es la cabeza, nosotros somos los miembros: su Iglesia entera, difundida por todas partes, es su cuerpo, cuya cabeza es él. Y no sólo los fieles que viven ahora, sino también los que vivieron antes que nosotros, y los que vendrán detrás de nosotros hasta el fin del mundo, todos ellos pertenecen a su cuerpo; de ese cuerpo, él, que ascendió al cielo, es la cabeza [Cf Col 1,18]. Y puesto que ya conocemos la cabeza y el cuerpo, la cabeza es él, y el cuerpo somos nosotros. Por eso, cuando oímos su voz, debemos oír no sólo la voz de la cabeza, sino también la del cuerpo; porque todo cuanto él padeció, lo hemos padecido en él nosotros también; y lo que nosotros padecemos, también lo padece él en nosotros. Es como si a alguien le doliera la cabeza,

¿podría decir la mano que ella no sufre? O al revés, si le duele a alguien la mano, ¿podría decir su cabeza que ella no sufre? O si le duele un pie, ¿podrá decir la cabeza que ella no sufre? Cuando sufre alguno de nuestros miembros, todos los miembros se apresuran a socorrer al miembro herido. Pues bien, si cuando él sufrió, nosotros lo sufrimos en él, y él ya ascendió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre, todo cuanto padece su Iglesia, en las tribulaciones de este mundo, en las pruebas, en las necesidades, en las angustias (porque así conviene que sea adiestrada, para ser purificada como el oro en el crisol) todo esto que sufre la Iglesia, lo sufre él mismo.

Podemos probar que nosotros hemos padecido en él, por las palabras del Apóstol: *Si habéis muerto con Cristo, ¿por qué os ocupáis de este mundo, como quien todavía vive de él?* [Col 2,20] Y dice también: *Nuestro hombre viejo ha sido crucificado juntamente con él, para ser anulado el cuerpo del pecado* [Rm 6,6]. Y añade el mismo Apóstol: *Si habéis resucitado con Cristo, gustad las cosas de arriba, buscad lo de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios* [Col 3,1]. Porque si en él hemos muerto, en él también hemos resucitado, así como también él muere en nosotros, y en nosotros resucita (porque es él la unidad de la cabeza y del cuerpo). Con razón decimos que su voz es también la nuestra, y la nuestra es también su voz. Escuchemos, pues, el salmo, y caigamos en la cuenta de que en él es Cristo quien habla.»¹⁵

Y en otro, del que ofrecemos solamente la parte esencial de todo el desarrollo teológico:

«Somos el cuerpo de Cristo; cantemos estas cosas. Cristo canta esto. Si lo canta únicamente la Cabeza, este canto es del Señor, no nuestro. Por el contrario, si canta el Cristo total, es decir, la Cabeza y el cuerpo, sé uno de sus miembros, únete a él por la fe, la esperanza y la caridad, y así cantarás en él, y en él te alegrarás; porque también él sufre en ti: en ti sufre hambre y sed, y es atribulado en ti. Él todavía muere en ti, y tú ya has resucitado en él. Si no muriera en ti, no habría querido que se le perdonara en ti por el perseguidor, cuando decía: *Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues?* [Hch 9,4]»¹⁶

Encontramos reflexiones similares en otras homilías¹⁷ y todas ellas nos llevan a afirmar, con van Bavel, que existe una especie de unión hipostática entre Cristo y la Iglesia: «San Agustín no duda en aplicar la terminología de la unión hipostática a la unión de Cristo y de su Cuerpo Místico; habla de *unus homo*,

¹⁵ en. Ps. 62,2.

¹⁶ en. Ps. 100,3.

¹⁷ lo. eu. tr. 108,5; s. 133,8; ep. lo. tr. 10,3.



idem ipse, unus et idem, una persona.»¹⁸ Idea que Agustín reitera siempre en un ámbito homilético:

«De hecho, la cabeza y el cuerpo son el único Cristo: esto no quiere decir que Cristo cabeza sin el cuerpo sea una persona incompleta, sino que él se dignó de ser una realidad completa también junto a nosotros, él que también sin nosotros es completo desde la eternidad. Él es ciertamente completo como Verbo, Hijo unigénito igual al Padre, pero lo es también junto a la humanidad que ha asumido y con la cual es Dios y hombre.»¹⁹

El Verbo eterno de Dios *asume* la humanidad. De esta *asunción* nace la Iglesia, *asumida* por el Verbo como su cuerpo, es decir, como parte integrante de él mismo:

«[...], también la Iglesia fue asumida en aquel hombre por la Palabra que *se hizo carne y acampó entre nosotros* [Jn 1,14], porque ha hecho que en los cielos nos sentemos a una con él [cf. Ef 2,6]. De hecho, cuando la cabeza va por delante, siguen a continuación los demás miembros.»²⁰

El siguiente paso es la participación en la herencia del Hijo. Por la gracia de Cristo, los hombres son deificados. Con diferencias sustanciales entre el Hijo unigénito y los hijos adoptivos: el Hijo unigénito es Dios por naturaleza y no por gracia, los hijos adoptivos son tales por gracia y no por naturaleza:

«Está claro que ha llamado dioses a los hombres, deificados por su gracia, pero no nacidos de la naturaleza divina. Él es quien justifica, ya que es justo por sí mismo, no por otro; y es él quien deifica, ya que es Dios por sí mismo, no por la participación de alguien. El que justifica, es el mismo que deifica: al justificarlos, los hace hijos de Dios. *Les dio el poder ser hijos de Dios* [Jn 1, 12]. Si se nos ha hecho hijos de Dios, también se nos ha dado la categoría de dioses; pero esto es por generosidad del que adopta, no por naturaleza del que engendra. De hecho, hay un solo Dios Hijo de Dios, y con el Padre único Dios, el Señor y Salvador nuestro, Jesucristo, la Palabra existente desde el principio, la palabra junto a Dios, la Palabra Dios. El resto de los que llegan a ser dioses, no nacen de su naturaleza, de forma que sean lo mismo que él, sino que fue una merced suya el llegar a él, y ser coherederos de Cristo. Tan grande fue la caridad del Heredero, que quiso tener coherederos. ¿Qué hombre avaro quiere tener coherederos? Y si encontramos a alguien que quiera tenerlos, se beneficia menos, al tener que dividir la herencia con los otros, que si sólo él la recibiera. Pero la herencia por la que somos coherederos con Cristo no disminuye por la abundancia de herederos. No; heredan lo mismo, sean muchos o sean pocos, sea uno solo o sean muchos. *Mirad*, nos dice el apóstol Juan, *qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, y serlo de verdad* [1Jn 3,1] . Y en otro lugar: *Queridos, somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos* [1Jn 3,2]. Luego lo somos sólo en esperanza, no todavía en realidad. *Sabemos*, sigue diciendo, *que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es* [1Jn 3, 2]. Sólo uno lo es por nacimiento, nosotros lo seremos por la gracia de verlo. Claro que no seremos tan semejantes como lo es él, que es lo mismo que aquél por quien fue engendrado; nosotros seremos parecidos, no iguales; precisamente porque él es igual, nosotros seremos parecidos.»²¹

Este es, por tanto, el Cristo total, el entero Cristo, la Cabeza y los miembros del Cuerpo. De este único sujeto hacen parte todos lo que, sobre la tierra, desde Abel hasta que acabe el mundo, han hecho, hacen o harán su camino a través de la fe implícita o explícita en la persona de Cristo y en el vínculo

¹⁸ cf. T. J. VAN BAVEL, *Recherches sur la christologie de saint Augustin: l'humain et le divin dans le Christ d'après saint Augustin*, Fribourg 1954, 81.

¹⁹ s. Dolbeau 22,19.

²⁰ en. Ps. 3,9.

²¹ en. Ps. 49, 2.



de la caridad:

«El mismo doctor de los gentiles, el bienaventurado apóstol Pablo, nos enseñó lo que somos respecto a Cristo: *Vosotros, en cambio, dijo, sois el cuerpo de Cristo y sus miembros* (1Co 12,27). Así, pues, el Cristo total lo forman la cabeza y los miembros.»²²

Ya que nosotros somos miembros por gracia incorporados a él, en la esperanza estamos en el cielo con la Cabeza, pero siendo único el Cristo, por medio de los suyos, él, sobre la tierra continúa sufriendo, padeciendo la persecución, el hambre, la sed, la desnudez, porque se ha personificado en nosotros:

«De todos modos, puesto que se dignó tomar la condición de esclavo y con ella vestirse de nuestra propia condición, quien no se desdeñó de asumirnos en sí mismo no se desdeñó de transfigurarnos en sí mismo ni de hablar con nuestras palabras para que nosotros habláramos con las suyas. Realmente se ha llevado a feliz término este admirable trueque, ha tenido lugar este intercambio divino y se ha celebrado en este mundo una permuta de bienes a cargo de un mercader celestial. Vino a recibir ofensas y a dar honores; vino a apurar el dolor y a dar la salud; vino a arrostrar la muerte y a dar la vida. Como iba a morir por lo que tenía de lo nuestro, no sentía el pánico en sí mismo, sino en nosotros. Por eso dijo también que su alma estaba triste hasta la muerte (cf. Mt 26,38), y consiguientemente, con él también todos nosotros. Pues sin él nosotros no somos nada, pero en él nosotros somos también Cristo mismo. ¿Por qué? Porque el Cristo entero consta de cabeza y cuerpo.»²³

En esta continuidad mística o en esta mística unión entre la Cabeza y los miembros podemos encontrar el fundamento para poder hablar también según la perspectiva agustiniana de una verdadera y propia mediación eclesial, por la cual, la única mediación de Cristo, la misma, no otra, continua en el hoy de la historia a través de los miembros de su Cuerpo, esto es, la Iglesia peregrina. Por tanto, es Cristo quien ha redimido la humanidad, ningún otro. Pero es por medio de su Cuerpo, la Iglesia –el Cristo total–, que Cristo continua su misión de salvación hasta el final de los tiempos. Según Agustín, en la Escritura emergen tres modos diferentes de ser de Cristo:

«En efecto, hasta donde he podido fijarme en las Páginas Santas, se le nombra de tres modos: cuando se le predica ora mediante la Ley y los Profetas, ora mediante las epístolas apostólicas, ora mediante la fe de los hechos realizados, que conocemos en el evangelio. Un modo es según Dios y según la divinidad coigual y coeterna con el Padre, antes de la asunción de la carne. Otro modo es, con el que, asumida la carne, se lee y se entiende el mismo Dios que hombre y el mismo hombre que Dios, según cierta propiedad de su excelencia, con la que no se coiguala con los demás, sino que es mediador y *cabeza de la Iglesia* [Ef 1,22]. El modo tercero es, cuando de cierta manera se predica a los creyentes y se ofrece cognoscible a los prudentes el Cristo todo en la plenitud de la Iglesia, esto es, *cabeza y cuerpo*, según la plenitud de cierto varón perfecto, en el que somos miembros [cf. Ef 1,23; 4,13].»²⁴

El Cristo total, por tanto, no es otra cosa sino el fruto del misterio de la encarnación del Verbo, por la cual, la naturaleza humana y la naturaleza divina se encuentran unidas en la única persona de Cristo. El Verbo de Dios, encarnándose, asume la carne en el seno de la Virgen; en el Cristo total asume toda la humanidad de los santos por los cuales su Cuerpo coincide con la Iglesia:

²² s. 299/C, 2.

²³ en. Ps. 30, 2, 1, 3.

²⁴ s. Dolbeau 22,2.



«La Iglesia fue tomada del género humano, para que la Cabeza de la Iglesia fuera la misma carne unida al Verbo, y el resto de los fieles fueran los miembros de esa Cabeza.»²⁵

Lógicamente, existen diferencias entre la Cabeza y los miembros de su Cuerpo. En la encarnación, el Hijo unigénito del Padre, asumiendo la carne no pierde su divinidad, permanece velada, pero no anulada. Ahora bien, siendo miembros en él, porque estamos incorporados por adopción a su misterio, también en nosotros está presente en un cierto modo su divinidad. Por eso, la Escritura afirma que nosotros, en él, nos convertimos en “dioses”.²⁶

Por otra parte, el Verbo, aun asumiendo una carne humana, permanece siempre el Creador y el Redentor, justamente porque no cambia en su naturaleza divina. Así nosotros, aun estando insertos en su cuerpo como miembros vivos y formando junto a él el único Cristo y convirtiéndonos en una sola carne con él, no anulamos nuestra humanidad:

«Cristo y la Iglesia son dos en una carne. Aplica o emplea la palabra dos atendiendo a la diferencia de la majestad. Dos son ciertamente, pues nosotros no somos el Verbo, nosotros no somos Dios en el principio en Dios, nosotros no somos Aquel por el cual fueron hechas todas las cosas. Pero nos acercamos a la carne, y allí está Cristo; El y también nosotros.»²⁷

Hemos visto hasta ahora cómo es y cómo se realiza la conformación del Cristo total. Está constituido por una Cabeza y un Cuerpo que unidos por la caridad forman una unidad, a imagen de la unidad matrimonial de la “sola carne” que sucede en el misterio nupcial:

«Así pues, es una sola persona la que surge de dos elementos: la Cabeza y el Cuerpo, el Esposo y la Esposa. También el profeta Isaías elogia la unidad maravillosa y sublime de esta persona, pues al hablar Cristo por conducto suyo, dice en forma profética: *Como a esposo me ha ceñido la corona y como a esposa me ha adornado con joyas* [Is 61,10].»²⁸

Agustín, entre todos los padres occidentales, es quien más ha presentado un panorama doctrinal con un horizonte eclesial amplio sobre la dimensión de la Iglesia como comunión. A veces, de hecho, habla de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, otras como Reino de Dios, o templo de Dios, otras veces como Ciudad de Dios. Con la iglesia peregrina se identifica la comunidad constituida tanto por los cristianos fieles como por los cristianos malvados; con Cuerpo de Cristo generalmente se hace referencia a la Cabeza y a los miembros de los justos, tanto los que están en camino hacia la meta eterna como los que ya han alcanzado la realidad escatológica. Los bautizados infieles están formalmente en el Cuerpo a causa del bautismo recibido, pero no en la esencia del mismo:

«No puede decirse que hay cabeza en donde no hay cuerpo del cual sea cabeza. Por consiguiente, si Cristo es Cabeza, Cristo es Cabeza de algún cuerpo. El Cuerpo de aquella Cabeza es la santa Iglesia; nosotros somos miembros de ella si amamos a nuestra Cabeza. Oigamos, pues, las voces del Cuerpo de Cristo, es decir, nuestras voces, si nos hallamos en el Cuerpo de Cristo, porque quien no estuviere allí se encontrará en aquellos entre los que gime este Cuerpo. Por tanto, o estarás en aquel Cuerpo para gemir entre los malos, o no te hallarás en él, y estarás en aquellos entre los que gime el Cuerpo, que gime entre los malos. O eres miembro de Cristo o enemigo de del Cuerpo de Cristo. Estos enemigos y adversarios del Cuerpo de Cristo no son todos iguales ni obran todos de la misma manera. Taimado león vestido con piel de oveja es el que reina entre ellos y el que usa de ellos como de instrumentos suyos. Por lo

²⁵ en. Ps. 44, 3.

²⁶ cf. Jn 10,34.

²⁷ en. Ps. 142, 3.

²⁸ en. Ps. 30,2,1,4.



demás, muchos se libran de él y pasan al Cuerpo de Cristo. ¿Quiénes son y quiénes han de ser? Sólo lo sabe Aquel que, ignorándolo ellos, los redimió con su sangre. Sin embargo, hay otros que han de perseverar en su perfidia y que no pertenecen al Cuerpo de Cristo; éstos también son conocidos por Aquel que todo lo sabe.»²⁹

La relación de dependencia que los miembros tienen con la Cabeza del Cuerpo se funda sobre la verdad. Para Agustín, Cristo es la roca, la verdad sobre la cual edificarse, y Pedro es signo de unidad, el fundamento visible. Cristo y Pedro son un único misterio, fundamento invisible y visible, una sola realidad:

«Así, pues, este discípulo, Pedro, recibe su nombre de la piedra, como el cristiano de Cristo. ¿Por qué he querido comenzar diciéndoos estas cosas? Para indicaros que en Pedro habéis de reconocer a la Iglesia. Cristo, en efecto, edificó su Iglesia no sobre un hombre, sino sobre la confesión de Pedro. ¿Cuál es la confesión de Pedro? *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo* [Mt 16,16]: he aquí la piedra, he aquí el cimiento, he aquí dónde está edificada la Iglesia, que las fuerzas del infierno no vencen [cf. Mt 16,18)].

¿Cuáles son las puertas de los infiernos sino la soberbia de los herejes?»³⁰

Dentro del único Cuerpo, además, los miembros son realmente una unidad si viven a partir de una comunión horizontal, entre ellos, que encuentra origen, fuerza y fundamento en una comunión vertical con la Cabeza, que se vive en la verdad y en la gracia. Verdad y gracia deben caminar juntas, y juntas ser acogidas: por gracia se convierte en parte del Cuerpo, por gracia se vive en el Cuerpo, por gracia se persevera en el Cuerpo. El sacramento del que se adquiere la gracia para alimentar esta nueva identidad es la Eucaristía.

La obra de salvación de Cristo vivida en la plena obediencia a la voluntad del Padre ha conseguido la redención de la humanidad. Sus miembros, en él, en la distinción de los dones y ministerios, deben atender a la misma misión, con la misma obediencia:

«También nosotros, pues, recibimos el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia, si nos dejamos ensamblar por la caridad, si gozamos del nombre y fe católicos. Creamos, hermanos, que cada cual tiene el Espíritu Santo en la medida en que ama a la Iglesia de Cristo. El Espíritu Santo, en efecto, ha sido dado, como dice el Apóstol, para manifestación. ¿Qué manifestación? Como él mismo dice que *mediante el Espíritu se concede a uno palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia, según ese mismo Espíritu; a otro, fe, en virtud del mismo Espíritu; a otro, don de curaciones, en virtud de un único Espíritu; a otro, realización de energías en virtud del mismo Espíritu* [1Co 12,7-10]. De hecho, se dan muchas cosas para manifestación; pero tú quizá no tienes nada de todo esto que he dicho. Si amas, tienes algo, ya que, si amas la unidad, para ti tiene también algo quienquiera que lo tenga en ella. Quita la envidia y será tuyo lo que tengo; quitaré la envidia y será mío lo que tienes. La envidia divide; la salud une.

En el cuerpo ve el ojo solo; pero ¿acaso el ojo ve para sí mismo solo? Ve también para la mano, ve también para el pie, ve también para los demás miembros, ya que, si viene algún golpe al pie, el ojo no se retira de eso para no evitarlo. A su vez, la mano trabaja sola en el cuerpo; pero ¿acaso trabaja para sí sola? Trabaja también para el ojo porque si, al venir algún golpe, va no a la mano, sino sólo a la cara, ¿acaso dice la mano: no me muevo porque no se dirige a mí? Así el pie, al andar, milita para todos los miembros; los demás miembros callan y la lengua habla para todos.»³¹

²⁹ en. Ps. 139, 2.

³⁰ s. 229P, 1.

³¹ lo. eu. tr. 32, 8.



Agustín subraya los resultados de esta mediación eclesial, sobre todo la operada por los pastores que reciben y viven el propio ministerio en Cristo, único pastor de salvación. Él es, de hecho, la guía suprema que en los pastores continúa hablando, se sigue escuchando y dona su gracia. Éstos, por su parte, para cumplir santamente su propia vocación y vivir eficazmente el propio mandato, deben siempre perseverar en la unidad con el único pastor, permaneciendo seguros en la verdad y en la gracia de Cristo. Si, por el contrario, se sitúan fuera de esta unidad, no poseen ya el Espíritu de Cristo a causa de una conducta que ya no es conforme a la fe y estando fuera de la verdad evangélica, más que guía se convierten en causa de perdición y de disgregación del rebaño.

La ineficacia de la mediación de la Iglesia debe, por tanto, a menudo buscarse justamente en el alejamiento de la voluntad humana de los miembros de la voluntad divina:

«Pertenece a la casa de Dios el que se halla enlazado por la caridad con las piedras vivas; sin embargo, quien no tuviere caridad se arruina; pero, cayendo él, la casa queda en pie. Nadie porque él quiera caer amenaza a la casa en la que comenzó a ser como piedra.»³²

En esta falta de dependencia se rompe la relación de comunión sea con la Cabeza que con los miembros del Cuerpo:

«si un miembro se separa del cuerpo, ¿le sigue, acaso, el espíritu? Se reconoce el miembro de que se trata: es un dedo, una mano, un brazo, una oreja; fuera del cuerpo tiene solamente la forma, pero no la vida. Lo mismo sucede al hombre separado de la Iglesia. Buscas en él el sacramento, y lo encuentras; buscas el bautismo, y lo encuentras; buscas el símbolo, y lo encuentras. Es la forma exterior; pero, si el espíritu no te vigoriza interiormente, en vano te glorías externamente del rito.»³³

4. Conclusión.

Al inicio de esta reflexión dijimos que no podemos traicionar el pensamiento de los clásicos, en nuestro caso el de los Padres de la Iglesia, y en particular el de san Agustín, haciéndoles decir lo que nunca dijeron. Hablar de sinodalidad en Agustín sería forzar demasiado los términos. Ello no impide que podamos desarrollar algún aspecto del pensamiento patrístico para iluminar procesos eclesiales actuales. Es lo que hemos intentado hacer yendo a la esencia del pensamiento eclesiológico de Agustín que, como ha quedado demostrado, es eminentemente cristológico.

Quizás la mejor aportación agustiniana a la sinodalidad sea el constante recuerdo de que Cristo e Iglesia son una realidad indisoluble. Si la Iglesia no olvida nunca y realmente esta unión, estará siempre actualizada, renovada y en sintonía con su cabeza, Cristo.

De aquí, la advertencia de Agustín que puede resultar especialmente útil en tiempos de confusión como los actuales:

«Nada, en efecto, debe temer tanto el cristiano como separarse del cuerpo de Cristo, ya que, si se separa del cuerpo de Cristo, no es miembro suyo; si no es miembro suyo, no lo vivifica su Espíritu.»³⁴

³² *en. Ps.* 131, 13.

³³ *s.* 268, 2.

³⁴ *Io. eu. tr.* 27,6.



SOBRE EL AUTOR

El P. Juan Antonio Cabrera Montero, nacido en Madrid en 1972, es agustino y profesor ordinario del Instituto Patristico Agustiniano de Roma, del que es Vicepresidente desde el año 2016. Es licenciado en Biblioteconomía y Documentación por la Universidad Complutense y Doctor en Ciencias Patristicas por el Instituto Patristico Agustiniano. Además, es autor de numerosos artículos y profesor en cursos de actualización teológica y patristica.